

EN EUROPA TODAVÍA ES POSIBLE VIVIR AUTÉNTICAS AVENTURAS

Las carreteras perdidas de Albania



Para los que no lo sepáis, Albania es la última frontera de Europa. Y no me refiero a frontera geográfica, sino a frontera de verdad. No existe ningún otro país en Europa (y llevo más de 30 recorridos en moto) que se le parezca ni remotamente.

■ SERGIO MORCHÓN

Entrando desde Macedonia por el lago Ohrid -una preciosidad-, el tiempo retrocede más de cincuenta años en cuanto se cruzan las vetustas casetas de la aduana. El primer paso es olvidarte de todo el código de circulación, aquí no vale para nada. Puedes ir en sentido contrario cuando gustes, puedes adelantar cuando te plazca siempre que quepan tres vehículos en el ancho de la

calzada, y debes poner el intermitente de la izquierda cuando vas a pararte a la derecha. Con estas tres cositas, ya puedes circular por el país. Con eso y con muchísima precaución. Ya había atravesado Albania de norte a sur el pasado año, camino de Estambul. Me apasionó el país. Y no por sus monumentos o sus paisajes, ya que de los primeros hay muy pocos y de los segundos no vimos mucho. Es por ese espíritu de aventura que se

respira mientras recorres supuestas autopistas aún sin construir o buscas carreteras desaparecidas que tan bien indicadas estaban en tu mapa Michelin. Este año había venido a encontrar esas carreteras perdidas que se adentran misteriosamente en las montañas y que todos los lugareños a los que preguntas intentan evitar que recorras. Venía a descubrir las carreteras perdidas de Albania. El primer encontronazo con esas remotas

carreteras comenzó en Maliq. Desde allí hasta Elbasan hay unos cien kilómetros de roca y piedra suelta, transitando por la derecha de un barranco donde cien metros más abajo discurría un caudaloso río que avanzaba saltando de roca en roca. Señales de tráfico iban indicando desvíos a poblados cercanos como si de una autovía se tratara, mientras yo seguía dando botes entre las piedras intentando acercarme lo mínimo posible al borde del precipicio.



Muchos campesinos también practican la pesca en el río con grandes redes que descuelgan de sus soportes.



Acertáis. Con mi GS atravesaría este precario puente, por suerte, sin incidentes.



Éste soy yo, para la posteridad. Lo que no se ve es que estaba sudado, sudado...

Saltando

De repente, a las dos horas de rebotar entre las piedras, un click saltó en mi cabeza. Los miedos a la tierra y a las piedras desaparecieron, y me sorprendí dando gas instintivamente cuando la pesada BMW R 1200 GS se iba de delante, o cuando los enormes socavones se acercaban más rápidamente de lo deseado. No fue mérito mío, yo solamente tuve que creérmelo. La GS hizo todo el trabajo. Pero en ese momento, de pie sobre los estribos de un bicho de más de doscientos cincuenta kilos, me sentía el dueño y señor de las montañas albanesas. Necesité lo que quedaba de la mañana para llegar a Elbasan, ciudad industrial venida bastante a menos desde la caída del régimen comunista. Mientras apaciguaba el estómago con una succulenta ensalada de atún en lata,



Me hubiese apetecido darme un baño bajo esta cascada, pero me era imposible saltar el desnivel existente...

Aquí no existe el código de circulación: puedes ir en sentido contrario, puedes adelantar cuando te plazca y debes poner el intermitente de la izquierda cuando pares a la derecha...

pensaba en cómo llegar a Tirana, la capital. El sentido común me invitaba a ir por la nacional que atraviesa un puerto de montaña repleto de curvas con un asfalto tirando a regular. Pero eso ya lo hice el año pasado. Esta vez venía a por cosas más fuertes, como la comarcal SH54, que se adentraba en las montañas dando un pequeño rodeo, para acabar ciento veinte kilómetros después a los pies de Tirana. Al poco de comenzar la carretera me di cuenta de que el paseo por el campo sería más duro de lo esperado.

Roca viva, piedras sueltas y barrancos de vértigo me esperaban para hacerme pasar una de las tardes más apasionantes y más duras de las que he vivido sobre una moto. No había ni una sola indicación. Era difícil saber cuál era el camino correcto cada vez que un desvío se presentaba en el camino. Fácilmente podría haber acabado perdido veinte kilómetros después en una pequeña aldea sin salida. El mapa era completamente inútil, el GPS no tenía la cartografía del país y el iPhone era mi único aliado, ya que podía ver



Montaña, montañas y más montañas. Albania es un país con una orografía ciertamente dura.



Éste es el castillo de Krujë, a treinta kilómetros de Tirana, un castillo que me pareció soso.



De cuando en cuando aparece algún pueblo pintoresco que te devuelve a la civilización.

Roca viva, piedras sueltas y barrancos de vértigo me esperaban para hacerme pasar una de las tardes más apasionantes y más duras de las que he vivido sobre una moto

cuándo me había equivocado en cuanto su bolita azul se desviaba del simple trazo amarillo de la comarcal SH54. En las escasas paradas para descansar, podía mirar hacia el horizonte contemplando uno de los paisajes más bellos de todo el viaje por los Balcanes. Decenas de montañas, valles y desfiladeros se iban alternando frente a mis ojos. Perfectos degradados de verde formados por sucesiones de montañas, oscuros valles donde ríos y bosques jugaban al escondite, o praderas escondidas donde pastaban

los más recónditos rebaños de ovejas del país. Ese era el secreto de las carreteras perdidas de Albania.

Bunkers

La pista no era excesivamente difícil, aunque sí muy dura, tanto físicamente como para la moto. Antiguamente adoquinada (allá por los años cincuenta), ahora sólo conservaba alguna que otra piedra que iba entorpeciendo la marcha cada pocos centímetros. Fueron más de cien kilómetros de un salvaje traqueteo entre



¡Oh, oh! Problemas. El camino de cabras me parte un soporte de una maleta...

El cartel indicaba claramente que me adentraba en Albania, un país en el que impera la ley del más fuerte...

desfiladeros que no me dejaba avanzar a más de treinta o cuarenta por hora sin arriesgar más de la cuenta. Paré para admirar las vistas y descansar un poco justo al lado de uno de los famosos bunkers albaneses. Hay miles y están por todo el país, herencia de un régimen comunista y de un líder paranoico que pensaba constantemente en una posible invasión. Ahora no son más que un amasijo de cemento armado que ya forma parte del paisaje del país. Como hacía casi siempre que paraba, revisé que todo estuviera en su sitio. Pero esta vez algo fallaba. El soporte de la maleta izquierda se había partido. Lo cierto es que no me sorprendió, era lo menos que podía pasar dado el estado de la carretera. Vací la maleta, aseguré las cosas como pude en el traspartón y fijé el soporte con un par de bridas. "Vale, hagamos balance. Estoy bien, la moto también. En una hora y media se



Ríos y lagos provocan que existan muchas zonas húmedas llenas de juncos y mucha fauna.



Mi ruta montañera está salpicada de decenas de bunkers abandonados de la época comunista.



Todavía quedan muchas estatuas de su época comunista, glorificando al obrero luchador, como esta de Skodër.

Contemplo uno de los paisajes más bellos de los Balcanes, decenas de montañas, valles y desfiladeros con perfectos degradados de verde, oscuros valles, praderas escondidas...

hará de noche y estoy en medio de las montañas en una pista infernal a 52 kilómetros de Tirana”, pensé, mientras miraba fijamente el cartel que lo indicaba. “A una media de 30 kilómetros por hora, tengo tiempo suficiente de salir de este infierno”, dije en voz alta, aunque sabía que nadie me escuchaba. Apreté los dientes, puse primera y salí dando gas montaña arriba. Seguir era la única opción, no podía

hacer otra cosa. Solamente apretar el ritmo para salir de allí dando botes aún con algo de luz diurna. Esos socavones y baches serían más peligrosos si cabe cuando caiga la noche. Y no tenía agua. Tenía mucha sed. Estábamos a 38°C y sudaba como un auténtico puerco. Al menos las nubes de tormenta que amenazaban con descargar decidieron no hacerlo. Sólo faltaba eso, añadir barro a la aventura.

El sol ya se había puesto, prácticamente sólo las montañas más altas tenían ese rojizo resplandor del ocaso. Había recorrido la mitad del país por pistas y estaba extenuado, tanto física como mentalmente. De repente, como surgido de la nada, apareció el asfalto. Nada del otro mundo, bacheado y resbaladizo, pero era el presagio de la salida del infierno. Estaba entrando en Tirana. Lo había conseguido. Había descubierto hasta dónde llega mi capacidad de sufrimiento, había descubierto los límites de resistencia de mi BMW. Había descubierto los paisajes escondidos de Albania. Para ello tuve que recorrer un largo y penoso camino. El camino que marcan las carreteras perdidas de Albania. ●